

Roxana Maria CREȚU  
(Universidad de Oeste  
de Timișoara)

## Gustavo Adolfo Bécquer: Retrato de un mito

**Abstract: (Gustavo Adolfo Bécquer: Portrait of a legend)** Gustavo Adolfo Bécquer, or “the angel of true poetry”, according to Antonio Machado, is undoubtedly the most well-known poet in Spanish literature. His works are the reflection of a soul in pain, in which the poet reveals his deepest thoughts and concerns and tells us the story of a heart wounded by disillusionment. Bécquer was a young man who dreamed of becoming a great poet, but unfortunately he did not achieve the fame he longed for in his few years of life. In this article we will try to portray the man Gustavo Adolfo Bécquer, based on the testimonies of those who knew him, more respectively his family and friends. In the first part of the article we will talk about his family environment and his personality, we will present some testimonies about Bécquer’s life as told by himself and his contemporaries, about his dreams of fame in Madrid and his disillusionment when he failing to achieve it. The second part of the article will be devoted to the women who stole his heart and became the muses for his *Rhymes* and how modernists see Bécquer. With this article we intend to see to what extent Bécquer’s life is reflected in his work, who are the women he talks about in his *Rhymes* and, above all, to get to know the more personal side of the author, to see what he was like, what his hobbies and concerns were. In other words, our intention is to try to get closer to the person behind the *Rhymes and Legends*.

**Keywords:** *autobiography, Bécquer, biography, work, testimonies.*

**Resumen:** Gustavo Adolfo Bécquer o “el ángel de la verdadera poesía”, según Antonio Machado, es sin duda el poeta más conocido de la literatura española. Sus obras son el reflejo de un alma en pena, en las que el poeta nos revela sus pensamientos e inquietudes más profundos y nos cuenta la historia de un corazón herido por el desengaño. Bécquer era un joven que soñaba con convertirse en un gran poeta, pero lamentablemente no alcanzó la fama que tanto anhelaba en sus pocos años de vida. En este artículo intentaremos hacer el retrato de la persona Gustavo Adolfo Bécquer, partiendo de los testimonios de los que lo conocieron, familiares y amigos. En la primera parte del artículo hablaremos sobre su entorno familiar y su personalidad, presentaremos algunos testimonios sobre la vida de Bécquer contada por sí mismo y sus contemporáneos, sobre sus sueños de conocer la fama en Madrid y su desilusión al no conseguirla. La segunda parte del artículo la dedicaremos a las mujeres que le robaron el corazón y se convirtieron en musas para sus *Rimas* y a cómo ven los modernistas a Bécquer. Con este artículo nos proponemos ver en qué medida la vida de Bécquer se refleja en su obra, quiénes son las mujeres de las que habla en sus *Rimas* y sobre todo conocer el lado más personal del autor, ver cómo era, cuáles eran sus aficiones y sus inquietudes. En otras palabras, nuestra intención es intentar acercarnos a la persona detrás de las *Rimas y Leyendas*.

**Palabras clave:** *autobiografía, Bécquer, biografía, obra, testimonios.*

## INTRODUCCIÓN

Gustavo Adolfo Bécquer es una de las figuras más importantes de la literatura española del siglo XIX, sus *Rimas* son el punto de partida de la poesía española contemporánea. Bécquer revoluciona el concepto de poesía y ofrece una poesía desnuda de artificio que brota desde su interior, sus poesías llevan la huella de su destino trágico: son el resultado de la soledad y de la tristeza de un niño que perdió a temprana edad a los seres que más quiso en el mundo; sus versos narran el sueño roto de un joven esperanzado que soñaba con convertirse en un gran poeta, pero lamentablemente no alcanzó la fama que tanto anhelaba en sus pocos años de vida.

Bécquer pertenece al romanticismo tardío, pero aun así es el poeta emblemático de esta corriente literaria, sus versos han sido el punto de referencia para los poetas modernistas que vieron en él “el ángel de la verdadera poesía” y hoy en día es el poeta predilecto de los enamorados (Crețu 2015: 3).

Rica Brown afirma que los conocidos de Bécquer lo mitificaron, lo convirtieron en la leyenda de un alma en pena, de un corazón roto por los desengaños de la vida y de un cuerpo carcomido por las enfermedades:

“If a poet die young, it is usual for some legendary mists to hover over his name. When Bécquer died at the age of thirty-four, his friends did him, and future students, a disservice by creating a legend for him: a legend in which a melancholy young man, inspired by sorrow to heights of poetry, struggled in vain against the hand of fate, which set against him not only his poverty, but disappointment in love, domestic unhappiness, and a body eaten away by sickness and sorrow”<sup>1</sup> (Bécquer 2012: 21).

## LA VIDA DE BÉCQUER SEGÚN SUS AMIGOS Y CONOCIDOS

Gustavo Adolfo Bécquer es “lo contrario de un rebelde, de un aventurero, de la idealizada imagen que nos hemos hecho del héroe romántico y su vida se parece muy poco a la de un Byron o de un Espronceda” (Bécquer 1995: 11). A la hora de leer la biografía de Bécquer descubrimos que su vida no fue un cuento de hadas, sino que su entera existencia estuvo marcada por la enfermedad, por la pobreza y sobre todo por el desengaño amoroso; todo esto se puede ver en las *Rimas*, podemos incluso afirmar que sus *Rimas* son el reflejo de sus sentimientos (Crețu 2015: 5). Al conocer la vida de Bécquer sentimos “una inmensa lástima, de una piedad infinita hacia aquella alma que sufrió con resignación los golpes del destino más cruel” (Bécquer 1995: 11).

<sup>1</sup> “Si un poeta muere joven, es habitual que se circulen leyendas sobre él. Cuando Bécquer murió a la edad de treinta y cuatro años, sus amigos le hicieron un gran favor, a él y a los futuros estudiantes, lo convirtieron en una leyenda: una leyenda en la que un joven melancólico, inspirado por el dolor hasta en lo más profundo de la poesía, luchó en vano contra el destino cruel, que le impuso no sólo su pobreza, sino también el desengaño amoroso, la infelicidad y un cuerpo carcomido por la enfermedad y el dolor”. (nuestra traducción)

Bécquer nació el 17 de febrero de 1836 en Sevilla. Sus padres fueron el pintor José María Domínguez Bécquer, conocido en el mundo del arte como José M.<sup>a</sup> Bécquer, y Joaquina Bastida y Vargas. Tuvo varios hermanos, pero con el que mejor se llevaba fue Valeriano, que al igual que el padre, se dedicó a la pintura. De pequeño empezó a recibir golpes del destino, que marcaron su entera existencia. Los primeros fueron en la infancia, cuando a los cinco años murió su padre y a los diez su madre. Su madrina, Manuela Monahay, se hizo cargo de él y fue en la biblioteca de su casa donde descubrió su pasión por la literatura y leyó a los grandes románticos. A los doce años escribió su primer poema, *Oda a la muerte de Alberto Lista* y fue entonces cuando descubrió que quería ser poeta. Durante su adolescencia, hubo un periodo en el que parecía que se iba a seguir los pasos de su padre y de su hermano Valeriano, es decir, dedicarse a la pintura (Bécquer 1995: 11-12).

En los primeros años de vida, era un niño feliz, travieso y a veces castigado por sus travesuras, pero a fin de cuentas, un niño que disfrutaba pasar el tiempo rodeado de su familia numerosa y de sus amigos cercanos:

“la dichosa edad en que los jueves por la tarde, día de suelta para los chicos, jugábamos a justicias y ladrones en la plaza del Duque, y recordarás sin duda al más constante de tus camaradas, al teniente de tu cuadrilla de bandoleros. Juntos hicimos pájaros de papel en la escuela; a escote con mi primo Luis hemos comprado más de una vez un pandero, y solo Dios sabe las veces que por la rejilla del calabozo nos hemos socorrido mutuamente con la miel de los postres, de que tan a menudo nos privaban” (Estruch Tobella 2020: 26).

El niño Bécquer parecía anticipar al poeta Bécquer, solitario e incomprendido:

“Desde su infancia fue Bécquer un niño raro y excéntrico: salía con sus compañeros de colegio a explayarse en el campo de Triana, y mientras estos se combatían mutuamente con piedras o imitaban las suertes del circo taurino, el niño Gustavo sentábase cabe al Guadalquivir, con los pies casi metidos en el agua, y sacando una carterita pretendía dibujar alguno de los objetos que tenía delante de sí” (Estruch Tobella 2020: 26).

Con tan solo quince años, Bécquer hablaba del amor y sobre todo del verdadero amor, consciente de los sentimientos que le brotaban desde su interior. Esta reflexión acerca del amor anticipa de alguna u otra manera su predicción hacia la poesía romántica, su carácter soñador e idealista:

“Entre la niñez y los primeros sentimientos del amor hay una edad incomprensible para nosotros, una edad en que, abandonada aquella candorosa alegría, sentimos un vacío en el corazón que nunca hubiéramos sentido en esta edad. Es entonces cuando tenemos esos momentos de tedio y de tristeza sin conocer la causa [...]. Entonces conocemos que aquel otro ser semejante al nuestro y hacia el que nos impele una secreta simpatía es el que solamente es capaz de llenar el vacío

de nuestras ideas. ¡Cuán puras y cuán bellísimas son las ilusiones que nos formamos entonces! Todo se ve al través de un cendal de plata [...] ¡Cuán perfecto es el objeto de nuestra ilusión, qué hermoso nos parece que solo debemos mirarlo absorto, escuchar sus palabras más dulces que los suspiros del céfiro, contemplarlo, pero no tocarle! Nos parece que, semejantes a las sombras, al intentar tocarlas, desaparecería. Este amor no es ese amor impetuoso y ardiente [...]. Es un amor puro y perfecto, es el verdadero amor” (Estruch Tobella 2020: 49).

Julio Nombela, amigo de Gustavo Adolfo, lo recuerda en su adolescencia como un “muchacho ingenuo, soñador y romántico”, pues dedicaba su tiempo a la poesía, a la pintura, a los estudios de humanidades, a las lecturas de autores románticos y clásicos y a los paseos solitarios o en compañía otros muchachos de su edad por las orillas del Guadalquivir (Bécquer 1995: 12).

Años después, en Madrid, lejos de su Sevilla natal, Bécquer evocará esos momentos de deleite en *Cartas literarias a una mujer*. Melancólico se acordará de cómo paseaba por las márgenes del río Guadalquivir, de cómo se sentaba a la sombra de los álamos y bogaba en barca por el río, mientras leía poetas clásicos sevillanos como Rioja y Herrera, cuando “su imaginación estaba llena de risueñas fábulas del mundo clásico y soñaba con una vida independiente y dichosa” (Bécquer 1995: 12).

Allí, en aquellas amadas orillas, es donde deseaba Bécquer que lo enterasen: “una piedra blanca con una cruz y un nombre, serían todo el monumento”, decía Bécquer. Pero la vida le tenía otros planes, ya que ni consiguió tener esa vida dichosa con la que soñaba, ni hoy yacen sus restos a las orillas del Guadalquivir (Bécquer 1995: 12).

La sobrina de Bécquer, Julia Bécquer, hija de su hermano Valeriano, lo recuerda como “un sevillano bastante alegre, claro es que tuvo penas, ¿quién no las tiene? No sabía tener mal humor, ni estar a mal con nadie”. El mismo Bécquer dejó dicho en la *Introducción sinfónica* que sus obras son “el eco que encontraron en un alma que pasó por la tierra, sus alegrías y sus dolores, sus esperanzas y sus luchas” (Montesinos 2005: 79).

Uno de sus deseos era viajar a Madrid en busca de la gloria literaria, que su ciudad natal, Sevilla, no podía ofrecerle. Julio Nombela recuerda lo ilusionado que estaba Bécquer con la idea de conocer la capital y vivir su sueño:

“Nuestro bello ideal era residir en Madrid, la Corte era el palenque donde debíamos luchar [...] Bécquer nos pintó el Madrid que veía en su imaginación, yo aseguré que era tal como Bécquer lo pintaba, porque su descripción me entusiasmó y Campillo, más práctico que nosotros, a quien sus gustos clásicos permitían vivir a la vez en el cielo y en la tierra, preguntaba detalles que, aunque prosaicos, daban idea de un buen sentido. Contesté satisfactoriamente a sus preguntas, los tres nos embriagamos de entusiasmo y juramos, ya de noche a la luz de la luna que rielaba sobre las aguas del Guadalquivir, trasladarnos a Madrid, ser allí hermanos y convertirnos en los poetas más célebres de nuestro tiempo [...] Este pacto se cumplió al pie de la letra” (Montesinos 2005: 147-148).

Marchó hacia Madrid a mediados de octubre de 1854. Como cualquier poeta, vivía de sus sueños y por sus sueños. Lamentablemente, la vida en la Corte no era como él pensaba, vivió una temporada llena de pobreza, angustia, sufrimiento, enfermedades y desilusión, pues no había conseguido la gloria tan anhelada, ni tenía recursos financieros para conseguirla:

“Ya estamos en la Corte. He necesitado que me lo digan y me lo repitan cien veces para creerlo. ¿Es esto Madrid? ¿Es éste el paraíso que yo soñé en mi aldea? ¡Dios mío! ¡Qué desencanto tan horrible!”

(Bécquer 1968: XVIII)

Julio Nombela recuerda que la noticia de la llegada de su amigo Bécquer a Madrid lo alegró, porque, como él mismo afirma “sí admiraba a Bécquer, el cariño que le profesaba era mayor que mi admiración, con ser esta muy grande y sincera” (Montesinos 2005: 161).

Narciso Campillo recuerda el momento en que Bécquer llegó a Madrid dispuesto a triunfar:

“En otoño de 1854 vino Gustavo a Madrid, resuelto a conquistarse con su talento un nombre ilustre, una posición independiente. El velo de flores y oro que la poca edad y el entusiasmo tejen y desarrollan ante la vista, ocultó a la de Gustavo el desamparo, la pobreza, los sinsabores de todo género que sufrió antes y aun después de ser ventajosamente conocido” (Montesinos 2005: 161)

Según Nombela, Bécquer no podía esperar más para emprender su viaje con destino a Madrid, la ciudad en la que todos sus sueños se cumplirían, pero se llevó una tremenda desilusión, debido en parte a sus expectativas, ya que el Madrid que él se imaginaba era solo un producto de su imaginación, muy lejos de lo que era realmente el Madrid de los años 1850. Desde un punto de vista artístico, Sevilla superaba a Madrid en cuanto a los monumentos, pero desde el punto de vista intelectual, Madrid podría ofrecerle la gloria y el dinero para vivir y disfrutar de la vida (Montesinos 2005: 168).

Narciso Campillo, amigo de Bécquer, hablando de su estancia en la Corte de Madrid, en busca de la gloria literaria, recuerda “aquellos días sin pan, noches de asilo y sin sueño, padecimientos físicos y congojas morales” (Bécquer 1995: 13-14).

El mundo de Bécquer gira alrededor de dos ciudades: Sevilla y Madrid. Sevilla es el despertar de sus emociones, la cuna de sus ilusiones, el lugar de nostalgias y evocaciones: “Pocos días después abandoné Sevilla y pasaron muchos años sin que volviese a ella, y olvidé muchas cosas que allí me habían sucedido, pero el recuerdo de tanta y tan ignorada y tranquila felicidad no se me borró nunca de la memoria” (G. A. Bécquer, *La venta de los Gatos*, en Montesinos 2005: 157), mientras que Madrid es la cima de sus ideales y el desencanto, “el escenario vivencial del poeta, donde transcurre una parte importante de su biografía interior y exterior, biografía del amor y del dolor,

del presente y de la melancolía, de la emoción lírica y de la dura lucha contra la asfixia circular de lo cotidiano” (Bécquer 1994: 15).

Madrid es el lugar donde se cumplen los dos últimos términos de la confesión de Bécquer, que bien podría interpretarse como síntesis biográfico-intelectual: “Yo nada sé, nada he estudiado: he leído un poco, he sentido bastante y he pensado mucho” (Bécquer 1994: 11-12).

Sevilla es su pasado, sus raíces, ese lugar en el que estaba tan feliz y no lo sabía, es la ciudad que lo ha visto crecer y nutrir todo un abanico de esperanzas para triunfar en el escenario de las letras. A menudo se acordaba de su ciudad y añoraba su infancia y juventud:

“En Sevilla, y en la margen del Guadalquivir que conduce al convento de San Jerónimo, hay, cerca del agua, una especie de remanso que fertiliza un valle en miniatura, formado por el corte natural de la ribera, que en aquel lugar es bien alta, y forma un rápido declive. Dos o tres álamos blancos, corpulentos y frondosos, entretejiendo sus copas, defienden aquel sitio de los rayos del sol, que rara vez logra deslizarse entre las ramas, cuyas hojas producen un ruido manso y agradable cuando el viento las agita y las hace parecer, ya plateadas, ya verdes, según del lado que las empuja. Un sauce baña sus raíces en la corriente del río, hacia el que se inclina como agobiado de un peso invisible, y a su alrededor crecen multitud de juncos y de esos lirios amarillos y grandes que nacen espontáneos al borde de los arroyos y las fuentes.

Cuando yo tenía catorce o quince años y mi alma estaba henchida de deseos sin nombre, de pensamientos puros y de esa esperanza sin límite que es la más preciada joya de la juventud; cuando yo me juzgaba poeta, cuando mi imaginación estaba llena de esas risueñas fábulas del mundo clásico, y Rioja, en sus silvas a las flores; Herrera, en sus tiernas elegías, y todos mis cantores sevillanos, dioses penates de mi especial literatura, me hablaban de continuo del Betis majestuoso, el río de las ninfas, de las náyades y los poetas, que corre al Océano escapándose de un ánfora de cristal, coronado de espadañas y laureles, ¡cuántos días, absorto en la contemplación de mis sueños de niño, fui a sentarme en su ribera, y allí, donde los álamos me protegían con su sombra, daba rienda suelta a mis pensamientos y forjaba una de esas historias imposibles, en las que hasta el esqueleto de la muerte se vestía a mis ojos con galas fascinadoras y espléndidas! Yo soñaba entonces una vida independiente y dichosa, semejante a la del pájaro, que nace para cantar y Dios le procura de comer; soñaba esa vida tranquila del poeta que irradia con suave luz de una en otra generación: soñaba que la ciudad que me vio nacer se enorgulleciese con mi nombre, añadiéndolo al brillante catálogo de sus ilustres hijos, y cuando la muerte pusiese un término a mi existencia, me colocasen, para dormir el sueño de oro de la inmortalidad, a la orilla del Betis, al que yo habría cantado en odas magníficas, y en aquel mismo punto adónde iba tantas veces a oír el suave murmullo de sus ondas. Una piedra blanca con una cruz y mi nombre serían todo el monumento.

Los álamos blancos, balanceándose día y noche sobre mi sepultura, parecerían rezar por mi alma con el susurro de sus hojas plateadas y verdes, entre las que vendrían a refugiarse los pájaros para cantar al amanecer un himno alegre a la

resurrección del espíritu a regiones más serenas; el sauce, cubriendo aquel lugar de una flotante sombra, le prestaría su vaga tristeza, inclinándose y derramando en derredor sus ramas desmayadas y flexibles, como para proteger y acariciar mis despojos, y hasta el río, que en las horas de creciente casi vendría a besar el borde de la losa, cercada de juncos, parecería arrullar mi sueño con una música agradable. Pasado algún tiempo, y después que la losa comenzara a cubrirse de manchas de musgo, una mata de campanillas, de esas campanillas azules con un disco de carmín en el fondo, que tanto me gustaban, crecería a su lado, enredándose por entre sus grietas y vistiéndola con sus hojas anchas y transparentes, que no sé por qué misterio tienen la forma de un corazón; los insectos de oro con alas de luz, cuyo zumbido convida a dormir en la calurosa siesta, vendrían a revolotear en torno de sus cálices; para leer mi nombre, ya borroso por la acción de la humedad y los años, sería preciso descorrer un cortinaje de verdura. ¿Pero, para qué leer mi nombre? ¿Quién no sabría que yo descansaba allí? Algún desconocido admirador de mis versos plantaría un laurel que, descollando altivo entre los otros árboles, hablase a todos de mi gloria, y ya una mujer enamorada que halló en mis cantares un rasgo de esos extraños fenómenos del amor que sólo las mujeres saben sentir y los poetas descifrar, ya un joven que se sintió inflamado con el sacro fuego que hervía en mi mente, y a quien mis palabras revelaron nuevos mundos de la inteligencia, hasta entonces para él ignotos, o un extranjero que vino a Sevilla llamado por la fama de su belleza y los recuerdos que en ella dejaron sus hijos, echaría una flor sobre mi tumba, contemplándola un instante con tierna emoción, con noble envidia o respetuosa curiosidad; a la mañana, las gotas del rocío resbalarían como lágrimas sobre su superficie.”

(Bécquer 2012, *Cartas desde mi celda*, III: 402-403)

Con el tiempo Sevilla se convierte en “el edén perdido”:

“Pero al cabo llegó un día en que me fue preciso abandonar, acaso para siempre, la ciudad donde nací; un día en que después de tender una mirada a mi alrededor me encontré solo en el mundo. Me acuerdo perfectamente. Fue en esta misma estación. La primera nube de otoño había flotado ya en el cielo del verano, como el recuerdo triste e importuno que cruza nuestra frente en mitad de un festín y la nubla por un instante al pasar” (Estruch Tobella 2020: 67).

No hay que olvidar que abandonó la capital de Andalucía al cumplir la mayoría de edad, era un joven de tan solo dieciocho años, lleno de ilusiones y esperanzas de afirmarse como poeta. Creía que en Madrid iba a conseguir cumplir su sueño. Su desilusión también se debe a la edad, no conocía el mundo, vivía en su burbuja de fantasía, como cualquier artista. Madrid le enseñó la cruda realidad de la vida, le enseñó a luchar por su ideal, a seguir adelante, aun cuando creía que había perdido la batalla, a resurgir de sus cenizas como un ave Fénix, en Madrid conoció el amor y el desengaño, la verdadera amistad, la capital le abrió las puertas al mundo de las letras, en Madrid se convirtió en poeta.

“Sevilla, con su Giralda de encajes que copia temblando el Guadalquivir y sus calles morunas, tortuosas y estrechas, en las que aún se cree escuchar el extraño crujido de los pasos del rey justiciero; Sevilla con sus rejas y sus cantares, sus cancelas y sus rondadores, sus retablos y sus cuentos, sus pependencias y sus músicas, sus noches tranquilas y sus siestas de fuego, sus alboradas color de rosa y sus crepúsculos azules; Sevilla, con todas las tradiciones que veinte centurias han amontonado sobre su frente, con toda la pompa y la gala de su naturaleza meridional, con toda la poesía que la imaginación presta a un recuerdo querido, apareció como por encanto a mis ojos, y penetré en su recinto, y crucé sus calles y respiré su atmósfera, y oí los cantos que entonan a media voz las muchachas que cosen detrás de las celosías, medio ocultas entre las hojas de las campanillas azules; y aspiré con voluptuosidad la fragancia de las madre selvas, que corren por un hilo de balcón a balcón, formando toldos de flores; y torné, en fin, con mi espíritu a vivir en la ciudad donde he nacido, y de la que tan viva guardaré siempre la memoria.

No sé el tiempo que transcurrió mientras soñaba despierto. Cuando me incorporé, la luz que ardía sobre mi bufete oscilaba próxima a espirar, arrojando sus últimos destellos, que en círculos ya luminosos, ya sombríos, se proyectaban temblando sobre las paredes de mi habitación.

La claridad de la mañana, esa claridad incierta y triste de las nebulosas mañanas del invierno, teñía de un vago azul los vidrios de mis balcones.

A través de ellos se divisaba casi todo Madrid.

Madrid envuelto en una ligera neblina, por entre cuyos rotos jirones levantaban sus crestas oscuras las chimeneas, las boardillas, los campanarios y las desnudas ramas de los árboles.

Madrid, sucio, negro, feo como un esqueleto descarnado, tiritando bajo su inmenso sudario de nieve.

Mis miembros estaban ya ateridos; pero entonces tuve frío hasta en el alma.

Y, sin embargo, yo había vuelto a respirar la tibia atmósfera de mi ciudad querida; yo había sentido el beso vivificador de sus brisas cargadas de perfumes, su sol de fuego había deslumbrado mis ojos al trasponer las verdes lomas sobre que se asienta el convento de Aznalfarache.”

(Bécquer, 1861, Reseña de *La soledad* de Augusto Ferrán)

Madrid le ofreció un abanico de oportunidades laborales, pero no le abrió las puertas necesarias para cumplir su sueño o Bécquer no vivió lo suficiente como para cumplirlos. Trabajó como periodista, adaptó obras teatrales, escribió rimas, leyendas y relatos, fue cronista de diversas celebraciones, censor de novelas, gacetillero de bailes, salones y reuniones de sociedad, director de periódico, reseñador de discursos políticos, prosista y poeta celebrado poco más allá del círculo de sus amigos y conocidos, muerto sin resonancias tipográficas. En Madrid conoció el amor y el desengaño: fue salteador de visillos y ventanas, amante no correspondido, suspirador desde la distancia y el silencio, enamorado de una pupila azul, llena de latidos, fecundo tejedor de las melancolías, silencioso galán, pretendiente, esposo, padre, desavenido conyugal y sobre todo poeta. Poeta lleno de sensibilidad y asombros, buscador del ideal estético y de la belleza como esencia. (Bécquer 1994: 15-16).

Un año después de instalarse en Madrid, vino su hermano, Valeriano, cuya llegada alivió su soledad y su desarraigo, y por supuesto, su penuria económica (Pedraza Jiménez, Rodríguez Cáceres 1983: 108).

Para poder sobrevivir, Bécquer empezó a escribir artículos y adaptaciones de teatro extranjero, principalmente del francés, en colaboración con un amigo, Luis García Luna, que firmó con seudónimo y que publicó en *El Porvenir*, en *La España Musical y literaria* y en *El Correo de la Moda*. Solía decirles a sus amigos que “No se debe escribir, ni pintar, ni esculpir, ni componer música, más que cuando el espíritu siente la necesidad de dar a luz lo que ha creado en sus entrañas” (Bécquer 1968: XX-XXI).

Una de las adaptaciones, la zarzuela *La cruz del valle*, provocó un ataque del crítico Juan de la Rosa González contra la costumbre de adaptar obras del repertorio francés, convertirlas en zarzuelas y recibir por ellas la misma cantidad de dinero que las originales. Para defenderse de las duras críticas recibidas, Bécquer revela en una carta dirigida al crítico que fueron las dificultades económicas quienes lo impulsaron a hacer este tipo de trabajos y que hay que separar las obras que hace por encargo de sus propias obras, que hace con tanto esmero y dedicación:

“Señor don Juan de la Rosa González.

Muy señor mío: Varios periódicos se han ocupado con más o menos benevolencia de la zarzuela arreglada del francés, que con el título de *La cruz del valle* se representó hace algunos días en el teatro de la plazuela del Rey. Como quiera que al hacerlo sólo tratasen del escaso mérito de la obra, no me he creído en el deber de ocuparme de semejantes juicios. La crítica literaria es libre; si abusa de su libertad, tanto peor para ella.

En el mismo silencio me hubiera mantenido respecto a su revista del domingo 4, si en ella sólo se hubiese concretado a juzgar la producción; pero como de lo menos que trata es de ésta, y sólo dirige sus tiros a esos arregladores neo-católicos literarios que ocultan bajo la careta del seudónimo las mezquinas razones de tanto por ciento, yo, en mi nombre, y en el del señor don Luis García Luna, mi amigo y colaborador en este trabajo, teniendo en cuenta que acaso somos los únicos que al presente usamos un seudónimo en esta clase de obras, seudónimo que por otra parte no han respetado las gacetillas, me creo en la necesidad de hacer a Vd. algunas observaciones, que al mismo tiempo que le proporcionarán datos para la verdadera historia de nuestra actual decadencia literaria, no podrán menos de influir en su ánimo para que, con la notoria buena fe e imparcialidad que le caracterizan, rectifique las duras e injustas palabras con que tan ligeramente nos califica.

En efecto, señor La Rosa González: yo creo como Vd., que el estado, no sólo de nuestro teatro, sino de nuestra literatura en general, es bastante lastimoso; pero también creo que el crítico, el elevado crítico, el crítico en fin, antes de lanzar un anatema sobre los que desgraciadamente son víctimas de un efecto, debe remontarse a desentrañar las causas que lo producen.

¿En qué se diferenciaría, sino, el hombre superior analítico y filósofo, del vulgo rutinario e ignorante de los censores?

Esa causa que sin duda existe, puesto que todos tocamos sus efectos, acaso la comprenda usted, si ya no la ha comprendido, cuando recorra estas breves líneas en que hago un ligerísimo bosquejo de mi corta vida literaria.

Yo no sé si por mi buena ó mala ventura me dediqué muy joven a las letras, pero sí que lo hice por necesidad. Comencé por donde comienzan casi todos: por escribir una tragedia clásica y algunas poesías líricas. Esto es lo que en lenguaje técnico llamamos pagar la patente de inocencia. La primera la guardo; de las segundas se publicaron varias. Aunque yo tengo para mí que la poesía lírica española sería una de las primeras del mundo si con ella se comiese o a sus autores se premiase de algún modo, nunca abrigué la presunción de creerme el llamado a sacar provecho de un género que abandonaban Tassara, Ayala y Selgas. Andado algún tiempo, emprendí la publicación de la *Historia de los Templos de España*. Para llevar a cabo este proyecto, era preciso luchar con grandes dificultades materiales y hacer estudios superiores a mi edad y ajenos a mi inclinación. Logré vencer las primeras, y la prensa en general emitió un juicio, que considero demasiado benévolo, sobre los segundos.

Enojoso por demás sería el referir ahora los sacrificios de todo género que hice por llevar a cabo esta obra, que al fin tuvo que suspenderse, falta de los grandes recursos y la protección tan indispensables a las publicaciones de su magnitud e importancia.

La crítica no se apercibió de su muerte, ni aun siquiera puso sobre su tumba el epitafio de la de Faetón:

Si no acabó grandes empresas,  
murió por acometerlas.

Esto al menos hubiera sido un consuelo.

Más tarde se me presentó la ocasión de escribir artículos literarios y críticos. El señor la Rosa debe saber el periódico en que aparecieron, y aún me ruborizo de los inmerecidos elogios que por entonces me dirigió, al par que casi todos mis compañeros de otros periódicos.

Escasamente mes y medio me ocupé en estos trabajos, que también tuve que abandonar por causas enteramente ajenas a mi buen deseo de no buscar el tanto por ciento con careta. Ninguno de tantos como me saludaron al aparecer me dijeron «adiós» al marcharme. Creerían que los abandonaba por mi gusto.

La política y los empleos, últimos refugios de las musas en nuestra nación, no entraban en mis cálculos ni en mis aspiraciones. Entonces pensé en el teatro y en la zarzuela.

Un editor me propuso arreglar para este último género un drama francés arreglado ya al español hace muchos años por el Excmo. señor don Ventura de la Vega, y con cuyo mismo argumento existen una ópera francesa, otra alemana y otra italiana, que sólo de nombre conozco.

El asunto, como se ve, nació con estrella musical.

Lo arreglé en unión con mi amigo don Luis García Luna. Nuestro cometido se reducía a escribirlo en versos castellanos y proporcionar al compositor algunas situaciones musicales. Usted, señor la Rosa, en la gacetilla y la revista ha tenido la bondad de decir que el arreglo en cuestión tiene lo uno y lo otro. Yo, sin embargo que, aun cuando en esta senda me han antecedido muchos escritores de primer orden, no creo que es la que conduce a la inmortalidad, al poner en ella el pié tuve rubor, y me tapé la cara.

Ahora bien: yo no sé qué quiere decir neocatólico en literatura; pero si todo el que como yo lucha un año y otro por buscar la gloria en su terreno, y protesta como puede cuando se ve obligado a descender a otro, lo es, por mi parte acepto la calificación.

Sin más, queda de Vd. S. S. Q. B. S. M.

Gustavo Adolfo Bécquer” (Pageard 1954: 409-411)

Pronto la tuberculosis se apoderó de él y a partir de entonces lo acompañó hasta el lecho de su muerte. Durante más de un año, entre 1857 y 1858, su hermano Valeriano, que ya residía en Madrid, y algunos amigos, entre ellos Nombela y García Luna lo cuidaron. En esos momentos, Bécquer parecía un cadáver, según afirma Nombela en sus *Memorias*. Durante su convalecencia, le gustaba deambular por las calles de Madrid y por el Retiro en compañía de sus amigos (Bécquer 1995: 15-16).

Julio Nombela afirma que las *Rimas* fueron escritas en este periodo, 1858-1861, para una joven a la que vieron una tarde por azar cuando paseaban, refiriéndose a Julia Espín. La crítica no descarta que Bécquer haya empezado a escribir sus *Rimas* en ese periodo, sin embargo duda de que todas hayan sido compuestas durante esos años y que estén dedicadas exclusivamente a Julia Espín, ya que por aquel entonces también conoció a Elisa Guillén (Bécquer 1968: XXXVII-XXXIX), tal como lo afirma en una carta dirigida a su amigo, R. Rodríguez Correa, fechada en Toledo, en diciembre de 1859:

“Nuevamente estoy en la ciudad de la calma, dedicado a descifrar el jeroglífico de sus piedras milenarias, y al mismo tiempo buscando un poco de reposo y un mucho de olvido para mi espíritu. Esteban Guillén y su hija Elisa me despidieron en el mismo coche, y antes estuve con ella en el sitio de todos los días. Cada vez siento más fuertes las ligaduras que acabarán de dejar completamente indefensa mi libertad. Si tú supieras algo de mi corta temporada de retiro, me lo comunicas en seguida.” (Bécquer 1968: XXXIX-XL).

En la siguiente carta, con el mismo destinatario, fechada en enero de 1860, Bécquer le cuenta a su amigo los planes esperanzadores que tiene para el nuevo año y parece que vuelve con muchas ganas de seguir adelante y luchar por sus sueños, tal vez se deba también al hecho de que se reunirá con su hermano y sus fieles amigos:

“En esta misma semana llegaré a Madrid, pues hoy, al mismo tiempo que la tuya, recibo una carta de Guillén anunciándome también su regreso. Equivocados estuvieron los sabios que midieron la marcha del tiempo; un mes escaso ha sido para mí un siglo, una noche eterna; pero por fin, empieza a clarear un nuevo día. También me escribe Valeriano y me dice que, seguramente, en este mismo año se reunirá con nosotros. Empieza un nuevo año, nuestra vida acaba de enterrar uno más.” (Bécquer 1968: XL).

Repuesto, colaboró en *La época* y estreno algunas obras de teatro, disfrutó de un modesto empleo en la Dirección de bienes nacionales por poco tiempo (Pedraza Jiménez, Rodríguez Cáceres 1983: 109).

A los veintiocho años, Bécquer ya se sentía viejo y parece haber aceptado su destino:

“Todavía queda algo que arde allá en lo más profundo, pero rara vez sale a la superficie. Las palabras *amor, gloria, poesía*, no me suenan ya al oído como me sonaban antes. ¡Vivir!... Seguramente que deseo vivir, porque la vida, tomándola tal como es, sin exageraciones ni engaños, no es tan mala como dicen algunos; pero vivir oscuro y dichoso en cuanto es posible, sin deseos, sin inquietudes, sin ambiciones, con esa felicidad de la planta que tiene a la mañana su gota de rocío y su rayo de sol; después, un poco de tierra echada con respeto y que no apisonen y pateen los que sepultan por oficio; un poco de tierra blanda y floja que no ahogue ni oprima; cuatro ortigas, un cardo silvestre y alguna hierba que me cubra con su manto de raíces, y, por último, un tapial que sirva para que no aren en aquel sitio ni revuelvan los huesos.

He aquí, hoy por hoy, todo lo que ambiciono: ser un comparsa en la inmensa comedia de la Humanidad y, concluido mi papel de hacer bulto, meterme entre bastidores sin que me silben ni me aplaudan, sin que nadie se aperciba siquiera de mi salida.

No obstante esta profunda indiferencia, se me resiste el pensar que podrían meterme preso en un ataúd formado con las cuatro tablas de un cajón de azúcar, en uno de los huecos de la estantería de una Sacramental para esperar allí la trompeta del Juicio, como empapelado, detrás de una lápida con una redondilla elogiando mis virtudes domésticas e indicando precisamente el día y la hora de mi nacimiento y de mi muerte.

Esta profunda e instintiva preocupación ha sobrevivido, no sin asombro por mi parte, a casi todas las que he ido abandonando en el curso de mi vida, pero, al paso que voy, probablemente mañana no existirá tampoco, y entonces me será tan igual que me coloquen debajo de una pirámide egipcia como que me aten una cuerda a los pies y me echen a un barranco como un perro.

Ello es que cada día me voy convenciendo más que de lo que vale, de lo que es algo, no ha de quedar ni un átomo aquí.”

(Bécquer 2012, *Cartas desde mi celda*, III: 405-406)

La vida volvió a ponerle a prueba cuando en septiembre de 1870 recibió la noticia de la muerte de su hermano. Este desdichado acontecimiento le afectó profundamente. Bécquer lamenta la pérdida de su hermano a una edad temprana, Valeriano fue su pilar y su único familiar cercano que lo apoyó en todo momento y lo guió en la vida. Al fallecer sus padres, quedaron solos en este mundo, se tenían uno al otro, pero al morir Valeriano, muere una parte de Bécquer. Pero Bécquer no lamenta solo la muerte de un ser querido, sino la muerte de un artista sin reconocimiento, le duele que su hermano, Valeriano Bécquer, el pintor, haya muerto sin que nadie lo

conociera e hizo la promesa de darlo a conocer al mundo, él quería que la gente supiera que alguna vez existió un pintor sevillano llamado Valeriano Domínguez Bécquer:

“Ahora todos me dicen que la muerte de Valeriano estaba prevista, que la llevaba en el rostro, que es, hasta cierto punto un suceso natural. ¡Natural la muerte! ¡Natural el escape de la vida a los treinta años, cuando se han padecido todos los tormentos de la niñez, de la educación, del arte de buscar la subsistencia, y no se han disfrutado aún los goces de la virilidad, de la gloria del bien vivir! [...] Yo no he creído nunca en la muerte. Sé que los hombres se mueren; pero cada caso me ha perecido una excepción. [...] Valeriano ha tenido una niñez desdichada, una juventud no más dichosa; ahora que está formada su naturaleza y su vida, ahora que se ha madurado su talento, ahora que principia a tener fama y recursos y quizá gloria, ¿qué necesita más que trabajar?” [...] He visto desvanecerse en mis brazos tanta esperanza, tanta riqueza artística, tanto genio, amigo mío, ¡tanto genio! Porque Valeriano ha muerto sin que lo conozcan, sin que puedan adivinar quién era. Dentro de unos días me vendré de la casa que habitábamos en la Venta del Espíritu Santo, y entonces convocaré a los amigos para que vean los apuntes y los cuadernos de Valeriano. Allí hay un gran pintor, y él ha muerto sin pintar; hay un gran dibujante, y él ha muerto sin publicar dibujos, hay un artista consumado y él se ha muerto sin dejar la prueba [...] Yo me propongo darlo a conocer, a los amigos, al menos [...] ¡Yo haré que, por lo menos, unos pocos sepan quién era Valeriano” (Montesinos 2005: 298-299).

Durante su corta estancia en este mundo, a Bécquer le tocó vivir una vida llena de sufrimiento, dolor, desengaño y enfermedad: la muerte de sus padres, de su hermano, de uno de sus mejor amigos (Luis García Luna), el desengaño amoroso, la dificultad de afirmarse como un gran poeta. Él no entiende ni la vida, ni la muerte, no entiende porque la vida de un ser humano tiene que apagarse tan pronto, a los treinta años, cuando tenía tanto por delante. Esas mismas preguntas a las que Bécquer le daba tantas vueltas son las mismas que nos hacemos nosotros pensando en su vida y en su muerte.

Al hablar de la esperanza de vida de los Bécquer podríamos referirnos a ello como “la maldición de los Bécquer”, ya que el padre, el pintor José María Bécquer, murió a los 36 años, su hermano, Valeriano, también pintor, a los 35, su madre a los 39 y él a los 34. Es posible que Bécquer fuera consciente de la maldición que pesaba sobre su familia. Su amigo Julio Nombela lo confirma: “Pertenece a una de esas familias condenadas a no pasar de un límite fatal marcado a su vida [...] La idea de este fin prematuro fue inseparable compañera de sus sueños y sus esperanzas” (Estruch Tobella 2020: 23). La “maldición” volvió a repetirse en los tres hijos de Bécquer, que murieron jóvenes. El único familiar que tuvo una vida larga, tranquila y exitosa fue su primo Joaquín Domínguez Bécquer, que los protegió a él y a su hermano Valeriano, y también fue padrino de Jorge, el segundo hijo de Bécquer (Estruch Tobella 2020: 23).

Ambos hermanos, Gustavo Adolfo y Valeriano, tuvieron una vida corta y llena de obstáculos, de sufrimiento y de dolor, pese a las esperanzas de un mejor futuro no consiguieron disfrutar ni un solo momento de gloria. ¿Se acordaría Bécquer en su lecho

de muerte de las preguntas que se hizo un par de meses antes, tras enterrar a su querido hermano? ¿Intuiría Bécquer que le sucedería lo mismo que a Valeriano?

La respuesta es sí: “Bécquer ya estaba herido de muerte y lo sabía” (Bécquer 1995: 19). Un día le confesó a uno de sus amigos, Narciso Campillo, que estaba haciendo la maleta para el gran viaje, que dentro de poco se moriría y le dio sus manuscritos, pidiéndole que los publicara (Bécquer 1995: 18):

“Estoy haciendo la maleta para el viaje. Dentro de poco me muero... Liados en este pañuelo vienen mis versos y prosa. Corrígelos, como siempre; acaba lo que no esté concluido; y si antes me entierran, tú publicas lo que te guste, y en paz.” (Bécquer 1968: LVI).

Poco antes de morir tuvo una revelación acertada acerca de su reconocimiento post mortem y esto porque era consciente de su talento, sabía lo que valía y sabía que después de muerto iba a demostrarle al mundo el gran poeta que era: “Me muero. Sabéis que yo no soy pretencioso, pero si es posible publicad mis versos. Tengo el presentimiento de que muerto seré más y mejor leído que vivo” (Montesinos 2005: 308).

En la *Rima LXI* podemos observar la inquietud de Bécquer acerca de la muerte que le acechaba:

Al ver mis horas de fiebre  
e insomnio lentas pasar,  
a la orilla de mi lecho,  
¿quién se sentará?

Cuando la trémula mano  
tienda, próximo a expirar,  
buscando una mano amiga,  
¿quién la estrechará?

Cuando la muerte vidrío  
de mis ojos el cristal,  
mis párpados aún abiertos,  
¿quién los cerrará?

Cuando la campana suene  
(si suena, en mi funeral),  
una oración al oírla,  
¿quién murmurará?

Cuando mis pálidos restos  
oprima la tierra ya,  
sobre la olvidada fosa,  
¿quién vendrá a llorar?

¿Quién, en fin, al otro día,  
cuando el sol vuelva a brillar,  
de que pasé por el mundo,  
¿quién se acordará?

G. A. Bécquer, *Rima LXI* (Bécquer 1995: 82-83)

El 22 de diciembre de 1870, a las diez de la mañana, murió rodeado de su esposa y de sus hijos. El diagnóstico de su última enfermedad también es objeto de controversia. El acta de defunción habla de un tumor hepático con fiebres malignas intermitentes (Pedraza Jiménez, Rodríguez Cáceres 1983: 111).

Un día después del entierro, que tuvo lugar el 23 de diciembre a mediodía, un grupo de amigos de Bécquer se reunió en el estudio del pintor José Casado del Alisal para acordar la publicación de su obra literaria (Bécquer 1968: LVII).

En una carta de Narciso Campillo dirigida a José Lamarque de Novoa, posteriormente nombrado Cónsul del Imperio Austrohúngaro en Sevilla y Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia, le cuenta que Bécquer ha fallecido y le comenta que junto con Ferrán y Correa le publicarán la obra en dos tomos: *Rimas* y *Leyendas*:

“Ya sabrá usted que Gustavo falleció en Madrid, barrio de Salamanca, la semana anterior, tres meses después que Valeriano. [...] Correa, Ferrán y yo somos los encargados de la edición literaria [...] En tres días hemos revisado unas quince leyendas, y mañana empezaremos con las poesías rimadas. Son muy breves y las hay muy originales. Han de ser dos libros de mérito y muy curiosos.”  
(<https://josemaria.demena.es/tres-cartas-de-narciso-campillos-sobre-la-muerte-de-becquer-i/>)

Un año más tarde sus amigos, Narciso Campillo, Augusto Ferrán y Rodríguez Correa, publicaron sus manuscritos, divididos en dos volúmenes: prosa y poesía, con un prólogo de Rodríguez Correa. Con él se apagaba la voz de un lírico esencial, a quien Antonio Machado le llamó “el ángel de la verdadera poesía” (Bécquer 1995: 20).

Al publicar su obra, su amigo Ramón Rodríguez Correa afirmaba que sus amigos habían cumplido su promesa y que mediante su obra, su recuerdo permanecerá vivo toda una eternidad:

“La edición está ya terminada, todo el mundo ha cumplido con el deber que impuso una admiración unánime, y las páginas que siguen, donde se conviene todo lo que precipitadamente trabajó en su dolorosa vida mi pobre amigo, sólo aguardan estos oscuros renglones míos para convertirse en una obra que edita la caridad y que el genio de su autor hará vivir eternamente. ¡Póstuma y única recompensa que él puede dar al generoso desprendimiento de sus contemporáneos y amigos!”  
(Montesinos 2005: 324)

Campillo reconoce su mérito y el de sus amigos más cercanos para publicar la obra bequeriana y de esta manera dar a conocer a Bécquer al mundo:

“Cayó grave, y sin Rodríguez Correa y otros amigos que le queríamos, no hubiese tenido medicinas, ni alimentos, ni una sepultura decente. Y pudiera decirse que ni fama. Rodríguez Correa ... el pintor Casado y yo convocamos una reunión de literarios y artistas, hablamos del mérito de Bécquer, a quien casi ninguno conocía, de sus obras inéditas y de las impresas en distintos periódicos, que al fin se perderían: y, dando el ejemplo y encabezando la suscripción, reunimos unos 14.000 reales, con que se hizo la edición primera, dedicando la propiedad y el producto a su viuda y a sus hijos. Agitamos la prensa, mandamos ejemplares a América y dimos a conocer al que pocos días antes de morir, sólo conocían sus amigos.” (Brown 1969: 525-526)

Sin embargo, observamos algunas exageraciones de tipo “a Bécquer casi ninguno lo conocía” o “lo conocían sólo sus amigos”. Este tipo de afirmaciones son falsas, Bécquer era bastante conocido en la época, había publicado mucho. La crítica ha señalado varias veces que a Campillo le gustaba exagerar la vida de Bécquer y quitarle importancia. Esto se debe a la rivalidad entre ellos como poetas. Eran amigos, es cierto, o por lo menos Bécquer así lo consideraba, pero la verdad es que Campillo le tenía cierta envidia, porque sabía que Bécquer era mejor poeta que él. Para restarle importancia a su poesía, halagaba la prosa, hasta que la gente se dio cuenta que las *Rimas* eran superiores a las *Leyendas*. Cada vez que ha tenido la oportunidad ha menospreciado a Bécquer, por no tener estudios como él, incluso ha señalado que él le estaba corrigiendo los trabajos. Además, en más de una ocasión ha contribuido a la creación de la falsa imagen de un Bécquer bohemio, inculto, pobre y hasta sucio. Pero, como la vida da vueltas, al final hoy todos conocen a Bécquer por sus *Rimas*, y a Campillo por ser el amigo de Bécquer, también escritor.

A pesar de no haber tenido una carrera universitaria, demostró tener una amplia y sólida cultura, fruto de una educación secundaria de alto nivel. Se dice que dominaba perfectamente el latín, el francés y el italiano. En cuanto a su competencia lingüística en lengua castellana, destaca el uso correcto de la lengua y una gran riqueza de vocabulario. También tenía buenos conocimientos de música, que le facilitaron la escritura de las zarzuelas. En sus ámbitos profesionales, periodísticos y literarios, tenía fama de culto. Es más, cuando falleció, numerosos periódicos resalaron “sus nada vulgares conocimientos en diversos ramos del saber humano” (Estruch Tobella 2020: 46).

Narciso Campillo afirmaba que la vida de Bécquer “fue sólo una mañana tempestuosa, aunque anunciaba ser un mediodía espléndido y una serena y luminosa tarde”. El mismo Bécquer decía sombríamente “que su vida era un erial; que la flor que tocaba se deshojaba, y que en su camino fatal alguien iba sembrando el mal para que él lo recogiera.” (Marroquín y Aguirre 1927: 17-19).

Eusebio Blasco decía que Bécquer “hace bien en morir, porque su reino no es de este mundo” (Montesinos 2005: 310). Con esta afirmación no hace más que resaltar

que Bécquer no encajaba en el mundo en el que vivía, era un idealista, vivía bohemio en su burbuja de fantasía y se nutría de sueños y esperanzas. Sólo Bécquer creía en el poder de su poesía, ninguno de sus amigos o conocidos pensaba que iba a llegar tan lejos:

“Porque, en honor de la verdad, ninguno de los que tomábamos el café cotidianamente con Bécquer en el *Suizo Viejo* (Bernardo Rico, el dibujante Vallejo, Ángel Avilés, Inza, Luis Rivera, Roberto Robert, etc.), ninguno, repito, creíamos ni podíamos sospechar que al año de muerto nuestro amigo sus versos recorrerían el mundo y él figuraría en la inmortalidad al lado de los melancólicos poetas alemanes.” (Eusebio Blasco citado en Nemo 2020)

Si pudiéramos describir la vida de Bécquer seguro que utilizaríamos las palabras: *poesía, amor, desengaño, dolor y angustias*. Estas son las mismas que Diego y Díaz utiliza al dividir temáticamente sus *Rimas*: la poesía (rimas I-XI), el amor (rimas XII-XXIX), el desengaño (rimas XXX-LI) y el dolor y la angustia (rimas LII-LXXXVI) (Pedraza Jiménez, Rodríguez Cáceres 1983: 151) A fin de cuentas, las *Rimas* son el eco de su vida.

Joan Estruch Tobella afirma que Bécquer no fue un escritor marginal y tampoco un escritor despreciado o incomprendido por sus coetáneos, sino admirado en los ambientes literarios y en las esferas del poder. A los 32 años estuvo a punto de publicar su primer libro con un prólogo del primer ministro González Bravo, pero debido a circunstancias políticas de ese periodo este proyecto no se llevó a cabo. Sin embargo, hasta entonces no era un desconocido, puesto que había publicado la mayor parte de sus textos literarios en los diarios y revistas más importantes y prestigiosos de la época, en algunos de los cuales trabajó como periodista o director. Incluso, antes de la Revolución de Septiembre de 1868, ya era un escritor de éxito, con gran audiencia y reconocimiento en las élites literarias y sociales. Todo esto tiene más mérito si tenemos en cuenta que en España las clases dirigentes eran poco aficionadas a las letras. Por lo tanto, Bécquer estaba en los salones más elegantes de Madrid, como periodista y como invitado ilustre en las tertulias y *soirées* del primer ministro, gran admirador de sus poemas. De haber vivido una década más, es probable que su ideología conservadora le hubiera facilitado la obtención de mayores triunfos en el sistema político-cultural de la Restauración y en pocos años hubiera podido aspirar a un sillón en la Real Academia. Pese a esto, cabe destacar que ya en vida había alcanzado un lugar literario y social muy superior al de sus amigos. A Bécquer le llegó su hora cuando estaba a punto de consolidar su triunfo (Bécquer 2012: 22-24).

## AMORES DE BÉCQUER

Las mujeres de la vida de Bécquer fueron: Julia Cabrera, Julia Espín (quizá la hermana de ésta, Josefina Espín), Elisa Rodríguez Palacios, Casta Esteban, Elisa Guillén y Alejandra.

Julia Cabrera fue la primera novia de Bécquer, su amor de la adolescencia, se supone que fueron novios durante 1853-1854. Julia “le fue fiel hasta la hora de su muerte, pero no alcanzó ni una de sus rimas” (Montesinos 2005: 26). Nunca pudo olvidarlo y siempre recordaba a aquel joven de ojos grandes, mirada perdida y gesto distraído, que un día de septiembre marchó hacia Madrid, camino de la soñada gloria. Tras la publicación de las obras de Bécquer pensaba con pena que ninguno de sus versos era dedicado a ella. Esta sevillana quiso a Bécquer desde su adolescencia hasta su muerte, pero lamentablemente él no le correspondió del todo, al marcharse a la capital dejó atrás, quizás, a la única que lo amó realmente (Montesinos 2005: 50).

Julia Espín era hija del compositor Joaquín Espín y Guillén, profesor del Conservatorio y director de la Orquesta Real. Se encontraron por primera vez en 1858 en una tarde mientras Bécquer paseaba con Nombela, testigo de sus futuros encuentros, por las calles de Madrid, vio a una joven asomada en un balcón y empezó a sentir algo por ella. Gracias a un amigo común, Bécquer logró conocer a la familia Espín y participar en varias veladas musicales y es entonces cuando se enamora de ella. Según se dice, ella no le correspondió del todo. Su traición le causó mucho dolor a nuestro poeta. Nombela afirma que Bécquer había visto en ella “la encarnación de Ofelia y la Julieta de Shakespeare, la Carlota de Goethe y sobre todo la mujer ideal de las leyendas que bullían en sus mentes” (Bécquer 1994: 18). En otras palabras, “Julia simboliza el símbolo de la mujer en Bécquer” (Montesinos 2005: 26). En varias rimas podemos observar que predomina el sentimiento de tristeza, de amargura y de dolor:

“Cuando me lo contaron sentí el frío  
de una hoja de acero en las entrañas;  
me apoyé contra el muro, y un instante  
la conciencia perdí de donde estaba.

Cayó sobre mi espíritu la noche;  
en ira y en piedad se anegó el alma...  
¡y entonces comprendí por qué se llora,  
y entonces comprendí por qué se mata!

Pasó la nube de dolor... Con pena  
logré balbucear breves palabras...  
¿Quién me dio la noticia?... Un fiel amigo...  
¡Me hacía un gran favor!... Le di las gracias.”

G. A. Bécquer, *Rima XLII* (Bécquer 1995: 73-74)

“Me han herido recatándose en las sombras,  
sellando con un beso su traición.  
Los brazos me echó al cuello, y por la espalda  
partiome a sangre fría el corazón.

Y ella prosigue alegre su camino,  
 feliz, risueña, impávida, ¿y por qué?  
 Porque no brota sangre de la herida...  
 ¡Porque el muerto está en pie!”

G. A. Bécquer, *Rima XLVI* (Bécquer 1995: 75)

“Como se arranca el hierro de una herida  
 su amor de las entrañas me arranqué,  
 aunque sentí al hacerlo que la vida  
 me arrancaba con él.

Del altar que le alcé en el alma mía  
 la voluntad su imagen arrojó,  
 y la luz de la fe que en ella ardía  
 ante el ara desierta se apagó.

Aún para combatir mi firme empeño  
 viene a mi mente su visión tenaz...  
 ¡Cuándo podré dormir con ese sueño  
 en que acaba el soñar!”

G. A. Bécquer, *Rima XLVIII* (Bécquer 1995: 76)

Eugenio Blasco la describe “como una mujer vulgar e ignorante, aunque hermosa, a la que Bécquer idealizaba sin motivo”. Además afirma que entre ella y Bécquer no hubo una relación, puesto que él se enamoró de ella, pero ella nunca no le correspondió:

“[...] el poeta estuvo ciegamente enamorado de una hermosura que no debo nombrar, porque existe todavía y tiene ya legal y legítimo dueño. Muy hermosa criatura. Un admirable busto, pero mujer tal vez incapaz de comprender las delicadezas del hombre que quiso vivir para ella. A él no le importaba; sabía que era ignorante, vulgar, prosaica... ¡pero es tan hermosa!” (Estruch Tobella 2020: 128).

Josefina Espín era la hermana de Julia, hay quienes afirman que ella fue la musa de las rimas que tienen como motivo los ojos azules:

Tu pupila es azul, y cuando ríes  
 su claridad suave me recuerda  
 el trémulo fulgor de la mañana  
 que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul, y cuando lloras  
 las transparentes lágrimas en ella

se me figuran gotas de rocío  
sobre una violeta.

Tu pupila es azul, y si en su fondo  
como un punto de luz radia una idea,  
me parece en el cielo de la tarde  
¡una perdida estrella!

G. A. Bécquer, *Rima XIII* (Bécquer 1995: 57)

Gerardo Diego afirma que Bécquer antes de casarse mantuvo relaciones con una dama de rumbo de Valladolid, cuya identidad es desconocida (Pedraza Jiménez, Rodríguez Cáceres 1983: 109).

En 1864 pasa un tiempo con su hermano en el monasterio de Veruela, donde escribe *Cartas desde mi celda*:

“Queridos amigos: Heme aquí transportado de la noche a la mañana a mi escondido valle de Veruela; heme aquí instalado de nuevo en el oscuro rincón del cual salí por un momento para tener el gusto de estrecharos la mano una vez más, fumar un cigarro juntos, charlar un poco y recordar las agradables, aunque inquietas, horas de mi antigua vida. Cuando se deja una ciudad por otra, particularmente hoy, que todos los grandes centros de población se parecen, apenas se percibe el aislamiento en que nos encontramos, antojándonosos, al ver la identidad de los edificios, los trajes y las costumbres, que al volver la primera esquina vamos a hallar la casa a que concurríamos, las personas que estimábamos, las gentes a quienes teníamos costumbre de ver y hablar de continuo. En el fondo de este valle, cuya melancólica belleza impresiona profundamente, cuyo eterno silencio agrada y sobrecoge a la vez, diríase, por el contrario, que los montes que lo cierran como un valladar inaccesible, nos separan por completo del mundo. ¡Tan notable es el contraste de cuanto se ofrece a nuestros ojos; tan vagos y perdidos quedan al confundirse entre la multitud de nuevas ideas y sensaciones los recuerdos de las cosas más recientes!”

(Bécquer 2012, *Cartas desde mi celda*, I: 381)

De Elisa Rodríguez Palacios, la mujer de cabello rubio dorado y ojos verdes, se sabe muy poco, se supone que su padre don Teodoro Rodríguez, violinista del Real, decidió interrumpir el noviazgo de su hija con un “poeta pobre y enfermo llamado nada más y nada menos Gustavo Adolfo Bécquer”, mandándola a Hellín, pero parece que los dos seguían hablando mediante cartas. El corazón de Bécquer vuelve a recibir una puñalada cuando se entera de que ella se casó con un joven rico. Una de las hijas de Elisa guardó algunas cartas de la correspondencia con Bécquer, pero al ser asaltada su vivienda esas cartas se perdieron (Montesinos 2005: 49).

Elisa Guillén era hija de Esteban Guillén. La imagen de Elisa ilumina ese periodo (1859-1861) de la vida de Bécquer tanto que se supone que el año 1860 ha sido el año

más feliz de la vida de Bécquer y que “esta experiencia del amor parece haberse fundido en un mismo movimiento con la poesía” (Bécquer 1968: XXXVIII), ya que en este periodo ha compuesto sus *Rimas* y *Cartas literarias a una mujer*, dedicadas a Elisa (Bécquer 1968: XLI). Como otras relaciones del poeta, esta también acaba con un desengaño.

En 1861 debe haberse producido la ruptura con Julia, ese mismo año, el poeta se refugió en el monasterio de Veruela, en la provincia de Zaragoza, para reponerse física y moralmente. En una carta dirigida a Rodríguez Correa muestra su desolación:

“Mañana emprendemos el camino de Veruela. ¡Ojalá el viejo monasterio me dé la calma y la resignación que necesito, pues mi alma es sólo un pobre guiñapo insensible, dormido que me pesa como un fardo inútil que la fatalidad tiró sobre mis hombros y con el cual me obligan a caminar como nuevo judío errante! En el amplio hogar de la cocina me entretuve anoche en quemar todas las cartas, únicos recuerdos, reliquias mejor dicho, que me quedaban de mi vida de ayer, de las horas que nunca volverán. Al enroscarse a los rotos pliegos la llama parecía su mano, una mano amarilla, de muerte, que se burlaba de mí, haciendo signos incomprensibles; aquella mano, que hoy estará prisionera entre otras... No quiero pensar nada sentir nada.” (Bécquer 1968: XLI-XLII).

Se dice que un “halo de misterio ha rodeado siempre la grave enfermedad de Bécquer. Montesinos afirma que se trata de sífilis” ya que así se deduce de su *Rima LXXIX* (Pedraza Jiménez, Rodríguez Cáceres 1983: 109-110):

Una mujer me ha envenenado el alma,  
otra mujer me ha envenenado el cuerpo;  
ninguna de las dos vino a buscarme,  
yo de ninguna de las dos me quejo.

Como el mundo es redondo, el mundo rueda;  
si mañana, rodando, este veneno  
envenena a su vez ¿por qué acusarme?  
¿Puedo dar más de lo que a mí me dieron?

G. A. Bécquer, *Rima LXXIX* (Bécquer 1995: 97)

Otro supuesto amor de Bécquer, del cual no se sabe tanto es una monja toledana, “una enigmática muchacha toledana, que el poeta solo vio de lejos medio asomada a la alta y pequeña ventana de su casa [...] única hija de un pintor viudo, que tenía su taller junto a la Sinagoga de Tránsito” (Montesinos 2005: 57-58).

Se supone que en un viaje, en Noviercas, conoció a su futura esposa, Casta. Casta Esteban Navarro era hija del médico soriano don Francisco Esteban, y fue la elegida de Bécquer para convertirse en su esposa. Hay quienes dicen que se casó con ella por despecho, al acabar su relación con Julia Espín y que había cometido el error más grave de su vida al casarse con una mujer a la que no amaba. Una correspondencia entre

Rodríguez Correa y Fernández Espino revela que Bécquer conoció a Casta al terminar su relación con Julia Espín:

“En Fitero vi a Gustavo Bécquer, que estaba acompañado de su mujer. Ya parece que va olvidando, un poco solamente, la historia de Elisa Guillén, que tan fatal fue para nuestro amigo y que tan cruelmente con él se portó. He tenido una gran alegría al verle más calmado y sin aquel aire fúnebre de paso de Semana Santa en la madrugada de viernes. Créete que al principio, cuando se enteró de toda la verdad, nos dio miedo a todos los que estábamos a su lado. Su mujer parece inteligente y sencilla; creo que es hija de un notario de Soria, y espero que se entenderán bien. Quiera Dios que haga el milagro de curarle por completo del mal recuerdo.”(Bécquer 1968: XLII-XLIII).

La pareja contrajo matrimonio en Madrid el 18 de mayo de 1861. Según las descripciones de sus conocidos, Casta “era una mujer vulgar, incapaz de comprenderle y amarle”. Es más, Nombela afirma que “Bécquer no se casó, sino que lo casaron” (Bécquer 1995: 18).

Con Casta, Bécquer nutre la esperanza de un nuevo amor, que sane su corazón herido. Hay quienes dicen que fue “obligado” a escribirle una rima a la que se convirtió en su esposa, ya que se diferencia del resto de las *Rimas* por su asonancia, parece un poema escrito “a sangre fría y de una manera convencional” (Montesinos 2005: 65):

Tu aliento es el aliento de las flores;  
tu voz es de los cisnes la armonía;  
es tu mirada el esplendor del día,  
y el color de la rosa es tu esplendor.

Tú prestas nueva vida y esperanza  
a un corazón para el amor ya muerto;  
tú creces de mi vida en el desierto  
como crece en el páramo una flor.

G. A. Bécquer, *Rima LXXXII A Casta* (Bécquer 1995: 98)

Bécquer y Casta tuvieron tres hijos, Gustavo Adolfo Gregorio, que nació el 9 de mayo de 1862, Jorge Luis, nacido el 17 de septiembre de 1865 y del menor no se sabe nada. La pareja no se llevaba bien y Bécquer se refugiaba en su trabajo o viajaba a Toledo, su ciudad favorita, para encontrar la tranquilidad que tanto le hacía falta. Los primeros años de matrimonio fueron el momento de máxima producción literaria de Bécquer. De esta época destacan la mayoría de sus *Leyendas*, *Cartas literarias a una mujer* y sus crónicas periodísticas.

En 1868 se separó de su mujer al enterarse de que le había sido infiel con un notario de Noviercas y se llevó a sus hijos con él a Toledo, donde, un año después, en 1869, conoció a una chica llamada Alejandra, una mujer de clase baja y hermosa con la que mantuvo relaciones íntimas. Su sobrina, Julia Bécquer, la describe como “una

hermosa mujer, pero de clase baja”. Alejandra era distinta a las demás, “no era tan refinada como Julia Espín”, pero sus sentimientos hacia Bécquer eran sinceros, lo amó desde lo más profundo de su ser y se entregó por completo a Bécquer. Esta chica, al igual que Julia Cabrera, amó a Bécquer de una manera honrada y sincera, pero Bécquer solo veía en ella un consuelo durante todos esos meses de destierro. Según Rafael Montesinos la *Rima XII* fue escrita para ella (Montesinos 2005: 61).

Tras la inesperada muerte de su hermano, el 23 de septiembre de 1870, le permitió a Casta que volviera a casa para cuidar de sus hijos. Los hijos de Casta y Bécquer murieron jóvenes y no dejaron descendencia (Montesinos 2005: 70).

Dos días antes de su muerte y en presencia de su amigo Augusto Ferrán quemó toda su correspondencia amorosa, porque sería su deshonor, desapareciendo con ella la posibilidad de reconstruir su biografía íntima (Bécquer 1994: 24).

### LOS MODERNISTAS SOBRE BÉCQUER

Autores como Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Jorge Guillén, Dámaso Alonso han visto en Bécquer el iniciador de la lírica contemporánea española. El mismo Antonio Machado habla de Bécquer como el “ángel de la verdadera poesía” en su obra *Juan de Mairena*:

“La poesía de Bécquer —sigue hablando Mairena a sus alumnos—, tan clara y transparente, donde todo parece escrito para ser entendido, tiene su encanto, sin embargo, al margen de la lógica. Es palabra en el tiempo, el tiempo psíquico irreversible, en el cual nada se infiere ni se deduce. En su discurso rige un principio de contradicción propiamente dicho: sí, pero no; volverán, pero no volverán. ¡Qué lejos estamos, en el alma de Bécquer, de esa terrible máquina de silogismos que funciona bajo la espesa y enmarañada imagería de aquellos ilustres barrocos de su tierra! ¿Un sevillano Bécquer? Sí; pero a la manera de Velázquez, enjaulador, encantador del tiempo. Ya hablaremos de eso otro día. Recordemos hoy a Gustavo Adolfo, el de las rimas pobres, la asonancia indefinida y los cuatro verbos por cada adjetivo definidor. Alguien ha dicho, con indudable acierto: “Bécquer, un acordeón tocado por un ángel.” Conforme: el ángel de la verdadera poesía.” (Machado 2006: 216).

Luis Cernuda, al referirse a Bécquer, dice que “Él es quien dota a la poesía moderna española de una tradición nueva, y el eco de ella se encuentra en nuestros contemporáneos mejores” (Rubio Jiménez 2005: 157).

Aquilino Duque, por otra parte, afirma que:

“Hay poetas que se nos acercan más o menos en distintas épocas de nuestras vidas. Bécquer en cambio, ha estado siempre a nuestro lado como el ángel de la guarda. Si Lorca ha sido nuestro duende, nuestra sombra oscura, Bécquer ha sido nuestro ángel, nuestra sombra luminosa. [...] Bécquer alumbró un manantial para que bebiese todo el mundo” (Rubio Jiménez 2005: 157).

Con Bécquer se termina la retórica romántica, renuncia al estilo rico y ornamental, ofreciéndonos una “poesía desnuda, directa, libre de toda pompa y de todo vano ropaje” (Bécquer 1995: 26). Bécquer utiliza la poesía como método de desahogarse, siente la necesidad de compartir sus sentimientos y sus sueños a través de las letras. Para los lectores de la lengua española las *Rimas* de Bécquer son “el punto más alto y fino del romanticismo español” (Bécquer 1968: IX).

Las *Rimas* llevan la huella de su biografía, esto también era una de las características del romanticismo, llevar a la poesía la vida del poeta, mezclar lo personal con lo fantástico y todo esto lo hacían para sobresalir. “Las *Rimas* son como se ha dicho muchas veces la historia de un corazón, con sus pasiones, sus amarguras, sus penas y desengaños y también sus momentos de gozo.” (Bécquer 1995: 26).

Con Bécquer nace la poesía contemporánea, él fue capaz de expresar en poemas breves el dolor, el sufrimiento, el amor de una manera original y simple, sin adornos. Lo curioso de sus poemas es la predilección por la rima asonante, la rima consonante casi no se utiliza.

En algunas páginas en prosa y en algunas rimas podemos ver cómo Bécquer expone sus ideas de la poesía. Estas obras son: *Cartas literarias a una mujer*, el artículo sobre *La soledad de A. Ferrán* y la *Introducción sinfónica de El libro de los gorriones*, que suele reproducirse como prólogo al libro de sus *Rimas* (Bécquer 1968: LXXV).

La primera carta de *Cartas literarias a una mujer* es el punto de partida de esta idea, cuando afirma que “La poesía eres tú, te he dicho, porque la poesía es el sentimiento, y el sentimiento es la mujer”. Esto quiere decir que a través de la poesía se expresan los sentimientos, el amor que se tiene, en este caso los sentimientos hacia una mujer, esa mujer se convierte en su musa y le ayuda a encontrar las palabras necesarias para hacer poesía.

La poética de Bécquer busca la identidad perdida entre palabra y cosa. Bécquer busca “un consuelo y una justificación en la religión, actitud romántica y sobre todo busca la perfección, la obra sublime de la perfección” (Guelbenzu 1970: 12).

Según Jorge Guillén, Bécquer “nos ha dejado una poesía y una poética, y la fe en los sueños y sus fantasmas corresponden a una conciencia luminosa” (Guelbenzu 1970: 13).

Allison Peers piensa que Bécquer es el más original de los románticos españoles y que ni siquiera Espronceda es digno de “figurar en las filas de los grandes desengañados del mundo moderno” (Aullón de Harro 1988: 91). También afirma que en sus versos se refleja la tristeza del poeta y que es el único de los románticos españoles que ha logrado transmitir su dolor, su desilusión, su amargura, su soledad a través de unas poesías melodiosas (Aullón de Harro 1988: 91).

## CONCLUSIONES

La biografía de Bécquer nos permite adentrarnos en la parte más íntima del poeta, conocer los mayores deseos, fracasos e inquietudes del hombre Gustavo Adolfo para entender mejor los versos del gran poeta Bécquer.

Aunque trabajó en el ámbito de la literatura, no ha conseguido destacar en vida tanto como hubiese querido, estuvo tan cerca de alcanzar la gloria que tanto anhelaba y a la vez tan lejos. A Bécquer, como a muchos otros poetas, le tocó vivir una vida miserable, perseguir durante una vida entera un sueño que se cumpliría después de su muerte. Bécquer sí cumplió su sueño, el de ser un poeta reconocido, alcanzó la fama, pero no pudo disfrutarla.

Su vida fue marcada por temprana muerte de sus padres, de su hermano y de su amigo de la infancia, Luis García Luna. Intentó refugiarse en la literatura y nutrió las esperanzas de que algún día sería un poeta famoso. Con tan solo dieciocho años, dejó su amada Sevilla, una oasis de paz y de tranquilidad, que recordaría con cariño y anhelo, para irse a Madrid, la ciudad ideal para afirmarse como poeta. Aunque la capital lo decepcionó al llegar, porque la tenía bastante idealizada, continuó luchando por sus sueños hasta el último segundo de vida. No tuvo la vida que anhelaba, pero tampoco una vida fracasada.

Intentó abrir su corazón al amor varias veces, pero no siempre las destinatarias le correspondían. De todas las mujeres a las que Bécquer quiso, solo dos lo amaron realmente: Julia Cabrera, su novia sevillana de la juventud, a la que dejó cuando se fue a Madrid y Alejandra, esa chica en la que encontró consuelo cuando su mujer lo había engañado. Julia Espín fue su amor de la juventud, un amor no correspondido, para algunos la protagonista de las *Rimas* y Casta, su mujer, es incluso para los más conocidos biógrafos de Bécquer un misterio. ¿La quiso realmente o se casó por despecho o por obligación? Muchos se han preguntado qué habrá visto Bécquer en ella, algunos dicen que era una mujer corriente, vulgar y no muy culta, otros afirman que era hermosa y que, aunque no tenía estudios, entendía de literatura. No sabemos exactamente la respuesta, pero seguramente en un momento determinado de su vida habrá sentido algo por ella, ya que fue esposa y madre de sus tres hijos, además su infidelidad le dolió de tal manera que la abandonó, llevándose a sus hijos con él. Si no hubiera sentido nada por ella, no le habría importado.

Siempre se intenta relacionar la vida de los autores con sus obras, buscar en sus biografías los temas y los motivos de sus obras, pero ¿por qué impresiona tanto la biografía de Bécquer? Quizá porque sus *Rimas* son su testamento, nos cuentan la vida de ese ser, que pese a las dificultades de la vida, siguió luchando por un sueño, nos muestra la vida tal como es, con las buenas y con las malas, nos enseña afrontar la muerte, aceptar que somos efímeros y que hay que aprovechar cada oportunidad para seguir adelante y no perder nunca las esperanzas, nos cuentan la historia de un corazón herido por el desengaño amoroso, ya que ninguna de las mujeres a las que quiso regalarle su corazón no supo valorarlo y cada una de ellas dejó en él un vacío que con el tiempo aumentaba.

Cada persona se puede identificar en algún momento de su vida con algún poema de Bécquer: el enamoramiento, el desengaño, el ideal, la muerte. Todos tenemos miedo a la muerte, la vemos como el final de nuestras andanzas en el mundo, pero en el caso de Bécquer y de muchos otros hombres de letras, su muerte fue el principio de su gloria

eterna. Tuvo que vivir una vida llena de penurias, sufrimiento, desengaño y fracaso para ser conocido tras su muerte como uno de los más apreciados poetas españoles.

Hoy día no podemos hablar de literatura española o del romanticismo español sin mencionar al “ángel de la verdadera poesía”. Bécquer es, sin duda, uno de los pilares de la literatura española, un poeta que siempre está de moda, porque encontró la modalidad de expresar sus sentimientos de tal manera, que muchos lectores se identifican con sus versos. Bécquer seguirá viviendo “mientras haya en el mundo poesía”.

## BIBLIOGRAFÍA:

### Libros

- Aullón de Harro, Pedro. 1988. *La poesía en el siglo XIX (Romanticismo y Realismo)*. Madrid: Taurus.
- Bécquer, Gustavo Adolfo. 1968. *Rimas*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Bécquer, Gustavo Adolfo. 1994. *Levendas*. Edición de Pascual Izquierdo, undécima edición. Madrid: Cátedra Letras Hispánicas.
- Bécquer, Gustavo Adolfo. 1995. *Rimas*. Edición de José Luis Cano, vigésima edición. Madrid: Cátedra Letras Hispánicas.
- Bécquer, Gustavo Adolfo. 2012. *Obras completas*. Edición, introducción y notas Joan Estruch Tobella, tercera edición. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Crețu, Roxana Maria. 2015. *La sombra de Bécquer*. Timișoara [trabajo de fin de grado].
- Estruch Tobella, Joan. 2020. *Bécquer. Vida y época*. Madrid: Cátedra.
- Guelbenzu, José María. 1970. *Gustavo Adolfo Bécquer: Poética, narrativa, papeles personales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Machado, Antonio. 2006. *Juan de Mairena I*. Madrid: Cátedra.
- Marroquín y Aguirre, Pedro. 1927. *Bécquer: el poeta del amor y del dolor. Conferencia leída en la Unión Ibero Americana en la noche del 22 de febrero de 1922*. Madrid: Imprenta de Juan Pueyo Luna, disponible en [https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/62936/1/drps\\_fa\\_641.pdf](https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/62936/1/drps_fa_641.pdf) [24.06.2024]
- Montesinos, Rafael. 2005. *Bécquer: biografía e imagen*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.
- Nemo, August. 2020. *Maestros de la poesía. Gustavo Adolfo Bécquer*. Tacet Books. E-book disponible en [https://books.google.ro/books/about/Maestros\\_de\\_la\\_Poes%C3%ADa\\_Gustavo\\_Adolfo\\_B.html?i=d=iAT2DwAAQBAJ&redir\\_esc=y](https://books.google.ro/books/about/Maestros_de_la_Poes%C3%ADa_Gustavo_Adolfo_B.html?i=d=iAT2DwAAQBAJ&redir_esc=y) [20.07.2024]
- Pedraza Jiménez, Felipe B., Rodríguez Cáceres, Milagros. 1983. *Manual de la literatura española. VII. Época del Realismo*. Tafalla: Cénit Ediciones S.L.
- Rubio Jiménez, Jesús. 2005. “Bécquer y la poesía contemporánea en lengua española”, en *Guía sobre los hermanos Bécquer en el Monasterio de Veruela*. Zaragoza: Diputación Provincial, Área de Cultura y Patrimonio, p. 157-240. disponible en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <https://www.cervantesvirtual.com/obra/bcquer-y-la-posesa-contemporanea-en-lengua-espaola-0/> [11.06.2024]

### Artículos

- Brown, Rica. 1969. *La fama postuma de Bécquer: nuevos datos*, in “Revista de Filología Española”, vol. LII, nº 1/4 (1969). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC, p. 525-535, disponible en <https://xn--revistadefilologiaespaola-uoc.revistas.csic.es/index.php/rfe/article/download/815/944/939> [24.06.2024]
- Pageard, Robert. 1954. *Bécquer et La Iberia*, in “Bulletin Hispanique”, tome 56, nº4. Bordeaux: Presses universitaires de Bordeaux, p. 408-414, disponible en [https://www.persee.fr/doc/hispa\\_0007-4640\\_1954\\_num\\_56\\_4\\_3411](https://www.persee.fr/doc/hispa_0007-4640_1954_num_56_4_3411) [11.06.2024]

**Otras fuentes**

Bécquer, Reseña al poema *La soledad* de Augusto Ferrán, 1861, disponible en

<https://cvc.cervantes.es/obref/rimas/apendices/resena.htm> [22.06.2024]

<https://josemaria.demena.es/tres-cartas-de-narciso-campillos-sobre-la-muerte-de-becquer-i/> [23.06.2024]